

bras arriba consignadas: *Esto me basta para creer?*

«El propio V. Cabildo en su citada Protesta dice con razón: «Creemos que ningún católico, en materias religiosas, dará mayor crédito á la Carta del Sr. García Icazbalceta, que á la voz del Soberano Pontífice.» Y yo, en conclusión, añado: que aquellos católicos débiles que han tenido por mejor arreglar su creencia conforme á la Carta del Sr. Icazbalceta, del año de 1883, tienen ya la de 1888 del mismo ilustre autor y verdadero católico, para entrar en cuentas consigo mismos; aquel á quien siguieron en su error, síganle también en el esforzado vencimiento de sí mismo, y en todos sus muchos ejemplos de cristiana virtud.

«¡Ah! si de alguna pena ha sido para el espíritu de mi grande amigo en la eternidad, la escandalosa publicación de su Carta antiguadalupana de 1883, séale de satisfacción y reparo, sírvale de alivio y descanso por la infinita misericordia del Señor, la publicación que ahora hago de su edificante Carta de 1888!

«Soy de V. S. I. adictísimo hermano y amigo que atento su mano besa.—† *Crescencio*, Obispo de Yucatán.»

Después de demostrada la segunda parte de la tesis por este Sargento de la Guardia de la Reina con su carta del gran General Ilmo. Sr. Obispo Carrillo y Ancona, ¿qué le resta al «Sargento» sino exclamar con el más tierno de los entusiasmos: la Causa Guadalupana siempre triunfó; jamás será vencida!



CAPÍTULO XVIII.

Capítulo XII del Apocalipsis.—Estudio de su aplicación á la Aparición del Tepeyac.—No parece temerario el creer que contiene profecía directa acerca de la Guadalupana, ese capítulo en uno de sus múltiples sentidos.—Razones pormenorizadas.—La evangelización del Nuevo Mundo.—La defección de Lutero y sus 60 millones de secuaces.—El Dragón apocalíptico y la tercera parte de las estrellas.—Y luego la Mujer vestida del sol y antes y después los doce misioneros.—Isaías.—Las “Islas.”—Colón y sus naves.—Cantar de los Cantares.—Miguel Sánchez.—Oficio Guadalupano.—México, singular en su infortunio.—Huitzilopochtli antiguamente.—Hoy el ateísmo oficial y la apostasía en muchos.—El remedio.—La Guadalupana.—No lo olvidemos.—La Guadalupana ha triunfado y triunfará.

M será de tanta importancia la Aparición del Tepeyac y la prodigiosa Pintura Guadalupana, que aun la Sagrada Escritura, principalmente en el Cap. XII del Apocalipsis, haga á ellas referencia intencionalmente?

¿Y por qué no? Respondemos nosotros. Y al hacerlo así, tenemos firme la mira en dos considerandos:

Primero. No ser ligeros ni propensos á encontrar grandezas ni maravillas en una devoción, con riesgo de exagerar el sentimiento de piedad.

Segundo. No formar juicio propio sin consultar previamente y dejándolo de base, el juicio de la Iglesia y el de sus más aceptos escritores, tanto en lo cierto como en lo probable.

Según esto, las referencias del Cap. XII del Apocalipsis, á una mujer vestida del sol, coronada de doce estrellas, bajo sus pies la luna y con dos alas de águila que se le dieron para huir al desierto, de la persecución del dragón que arrastró con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, son bastante apropiadas en uno de sus varios sentidos, en que convienen los Expo-

sitores Sagrados, como es de leerse en Alápide, para que pudiera atribuirse á ligereza, credulidad ó piedad exagerada, el referirlo á la aparición y á la prodigiosa Pintura del Tepeyac.

Y así, por una parte, los pormenores y las circunstancias, antecedentes, concomitantes y subsiguientes de ese prodigio; y por otra, el tratarse de que tal prodigio tenía de ser muy grande para lo grande que era el hecho de ingresar al Reino de Jesucristo un Nuevo Mundo, á reparar las pérdidas que por el protestantismo y por los mahometanos sufrió el Viejo Mundo; así, decimos, no es nada incongruente que el Cap. XII del Apocalipsis haga referencia intencional á la Guadalupeana, como uno de sus múltiples sentidos directos.

Por eso no creemos temerario hacer nuestras aplicaciones, diciendo primero con Cornelio Alápide: «El primer sentido, de la lucha de la Iglesia con el diablo, al fin del mundo, es el más propio y genuino, como que es profético (puesto que el Apocalipsis es una profecía y la única—que forma especial libro—del Nuevo Testamento) y por lo mismo (ese sentido es) el más intentado por el Espíritu Santo. El segundo sentido, de la pelea de Miguel y Lucifer en el cielo, es alusivo y simbólico. El tercero, de la lucha de la Virgen y del diablo, es histórico y es como original y fundamental; y á estos dos alude también el primero. (Alápide, Coment. Apoc. párr. último del Commentario al Cap. XII v. 1º «Signum magnum apparuit in caelo».)

A la luz de esos datos, decimos: que siendo el Apocalipsis una profecía de la historia futura de la Iglesia, unos de esos hechos históricos futuros profetizados, son los del Cap. XII. En ese capítulo se trata del principio de los sucesos finales del mundo, y es muy verosímil que el prólogo se tome á partir del tiempo de Lutero, muy comparable con el Dragón y sus conquistas de la tercera parte de las estrellas del cielo; es decir, la defección de tantos prelados y fieles de la Iglesia, que su-

cumbieron á efecto de las instigaciones de ese soberbio.

Teniendo, pues, que ser los hechos de estos últimos siglos el primero y más directo de los sentidos de todo acontecimiento que en esa narración profética se describa, no es extraño encontrar tan verosímil explicación del cumplimiento de ese Cap. XII en los grandes contrastes de la Iglesia con el Protestantismo ó sea la apostasía luterana, y en los grandes sucesos y triunfos de la Iglesia con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la vocación de tantos millones de indios occidentales que han reemplazado con ventaja las pérdidas sufridas por la Iglesia en Europa en el siglo XVI.

Y, por ende, como nota Alápide, el que eso de *Signum magnum apparuit in caelo* se refiera primero que todo á sucesos posteriores al tiempo en que escribió San Juan, no quita el que con ellos se aluda á la visión que antes de la creación del hombre ocasionó la ruina de Luzbel, á la Concepción Inmaculada, á la Encarnación del Divino Verbo y á su nacimiento en Belén, ó á la fundación y primera persecución de la Iglesia.

De la misma manera y muy por consiguiente, una nueva aparición (*Signum magnum apparuit*) de la Mujer en la Iglesia (*in caelo*) del Nuevo Mundo, de una imagen de la Concepción Inmaculada, revestida del sol (*amicta sole*) y con la luna á sus pies (*luna sub pedibus ejus*) y precedida esa Aparición del Tepeyac (1531) de la llegada de doce misioneros apostólicos franciscanos (1524) (*et in capite ejus (*) corona duodecim stellarum*); y con un serafín debajo de la luna para transportar á la Mujer (*et datae sunt Mulieri: alae duae aquilae magnae ut volaret in desertum*) al lugar en donde pedía un templo (*in locum suum*); una aparición así, decimos, sin dejar de ser la de la visión de Luzbel antes

(*) Alápide, eso de *in capite corona duodecim stellarum*, lo comenta (lo de *in capite*) así: «En su cabeza una corona de doce estrellas; es decir, de los doce Apóstoles, que para la Iglesia brillaron como estrellas, y esto en la cabeza ó sea en el principio de la Iglesia cristiana.»

de ser criada la tierra, sin dejar de ser la de María en su Concepción Inmaculada, ó en su parto en Belén ó en su parto místico en la creación de la primitiva Iglesia de los gentiles, es también la Aparición del Tepeyac, digna de ser asunto directo, aún cuando terciario ó de cuarta intención en el relato admirable del Profeta de Pathmos.

Lo plausible de este comentario se recomienda y crece al considerar que ese Dragón que contrasta con el *sigum magnum* de la Mujer, es paralelamente, para la visión de los tiempos angélicos, el rebelde Luzbel; para los de la Concepción de María, el mismo Satanás; para los del Parto en Belén, lo es Herodes; para los de la fundación de Iglesia gentílica, lo es el Imperio Romano; para los tiempos de la Guadalupana, lo son Lutero y la bestia protestante, que arrastraron consigo la tercera parte de los creyentes católicos, que en lenguaje bíblico son las estrellas del cielo.

Parece, pues, no exagerado el comentar ese capítulo XII como profético de la visión y pintura celeste del Tepeyac, así como también el encontrar en Isaías (Cap. LX, v. 9), en ese suspirar de las «Islas» que esperan á su Mesías y Salvador, la vocación tardía de las Américas, grandes Islas, por decirlo así, separadas como están del continente antiguo, y el encontrar en ese mismo Cap., v. 8, la venida de las naves de Colón; y no menos en ese «Cantar de los Cantares» tan ligado con el Apocalipsis, como pocos quizá lo habrán leído, esas alusiones tan hermosas de «flores aparuerunt in tærra nostra,» (*) lo mismo que en ese Cap. XLIX, vv. 1, 18 y 19 de Isaías, *Audite, Insulæ Leva in circuitu oculos tuos Omnes isti congregati sunt, venerunt tibi Quia deserta tua et solitudines tuæ nunc angusta erunt præ habitatoribus.»*

(*) Puede verse en Alápide, párrafo final de sus Prolegómenos al libro, del «canticum canticorum,» bajo la apostilla: «Analogía canticorum cum apocalipsi,» la cuádruple consideración para comprender la analogía del «Cantar de los Cantares» con el Apocalipsis.

Razón tenía, pues, Miguel Sánchez, al dar tanta importancia y sorprender de pasmo á nuestros padres, cuando sobre el sencillo y cándido relato evangélico de Valeriano, hace surgir el *paulomajora* del apocalíptico lenguaje. No exageraba ese insigne mexicano y era bien fundado el encanto de nuestros padres; tan gran milagro como es el del Tepeyac, digno era de ser uno de los varios intentos proféticos del vidente de Pathmos, es decir, del Espíritu Santo *qui locutus est per prophetas.*

No es por demás notar que en el Oficio Guadalupano figuran todos esos pasajes proféticos, citados, cuando menos en un sentido tropológico ó alegórico. En cuanto al sentido directo, no pretendemos presentarlo con otra certeza ó probabilidad que la que fuere del agrado de nuestros Pastores y del Pastor supremo, y nada más.

Llegados á este punto, concentremos nuestras miradas y nuestros afectos.

Como lo hemos dicho cuantas veces hemos tomado la palabra en bien de la Patria Mexicana, México es singularísimo en su infortunio; la predilección, (esta palabra es muy noble y no conviene), más bien dicho, la afición de este soberbio homicida Satanás para con México, es pavorosamente notable, singular; ¡los sacrificios de 20 corazones humanos chorreando sangre en el granteocalli de México, diariamente, durante largos años hasta la llegada de Hernan Cortés; y ¡hoy, después de tres siglos y bajo el nombre de *Reforma*, de *Libertad* y de *Civilización y Progreso*, entronizado otra vez Huitzilopochtli en calidad de ateísmo oficial! ¿Quién sabrá ponderar lo inmenso del infortunio de los mexicanos? ¡Se excluye á Dios de todo, y á esto se llama gran ciencia, gran dicha y Reforma absolutamente imprescindible! Es tan grande nuestro infortunio, que valdría más restablecer al Dios Huitzilopochtli (porque así se reconocería siempre una divinidad) y restablecer la matanza de veinte víctimas diarias, y no educar al pueblo, á los niños, á los jóvenes, en el más infame de

todos los pecados, según lo dicen los sabios nuestros y á la vez los sabios liberales no obcecados, entre ellos Lafragua. (*)

Y este mal, ¿quién lo remediará?

La misma que remedió el mal del antiguo Huitzilopochtli. La madre del Dios verdadero, la siempre Virgen María, la Inmaculada Concepción, la vencedora, la que echó fuera á la serpiente: Santa María *Coatlallopeuh*. ¿Qué, no véis, hermanos nuestros, cuántas maravillas de apologética y de la gran empresa de la Coronación, han surgido paralelamente al planteo y entronización del absurdo pavoroso del ateísmo oficial?

¡Confianza, hermanos nuestros; Dios está con nosotros! María es nuestro amparo; todos somos su Juan Diego, su Juan Bernardino. ¡No, por cierto, no moriremos! ¡No nos comerán ya, no acabarán con nosotros esos. peores que los infames encomenderos españoles! Estamos desarmados; no habrá más guerra de armas de nuestra parte, pero en el terreno de la paz trabajaremos mucho más y nunca dejaremos de defendernos. Si la gran mayoría de entre los liberales se convierten, tanto mejor; si se obstinan, allá lo verán. Pero lo que es nosotros, tenemos tanta confianza en la Guadalupeana, que jamás desesperaremos.

No olvidemos esto los mexicanos, y esforcémonos cada día más en servir á Cristo por la Guadalupeana; precisamente como nuestro Santísimo y Sapientísimo Padre León XIII, nos lo inculca en el segundo de sus preciosísimos dísticos que compuso á nuestra Guadalupeana:

“Teque (María) auspice Cristi
Immotam servet firmior usque fidem.”

Y mediante el auxilio
Que benigna le prestas,
La fe de Jesucristo
Fija conserve con tenaz firmeza.

(*) “Es el Ateísmo el más necio de los absurdos y el mayor de los crímenes,” dijo ese ilustre hombre de estado en 1856.

Este pensamiento de S. S. León XIII, es toda una novísima apología y un acabado panegírico de la Guadalupeana.

¡Ah! Qué hermosa, qué bien probada verdad es cada día más el singular y perpétuo milagro de la Aparición y de la celeste Pintura de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac, á la que los mexicanos hemos tenido la inmensa dicha de coronar como Reina de esta Nación, tan singularmente desdichada por Satanás, tan singularmente afortunada por nuestra dulcísima Libertadora, en tales términos, que cada día es más verdadero nuestro gran lema:

Non fecit taliter omni Nationi.
¡Exulta et lauda, habitatio Sion!

C. Victoria, 8 de Febrero de 1896.

FIN.